





CRITICA MUSICAL

Clausura de la Temporada Filarmónica

Con un acto lleno de simpatía, el coronel Joaquín Prieto, vicepresidente de la Corporación Cultural de Santiago, abrió personalmente la última función de abono de la Temporada Filarmónica en el Teatro Municipal. El excelente maestro argentino Mario Benzecry dirigió un programa en conmemoración del sesquicentenario de la muerte de Weber, que se había elegido para esta clausura.

El homenaje al célebre romántico alemán, fallecido en junio de 1836 antes de cumplir los cuarenta años, reunió tres obras de valor un tanto desigual. La más temprana de ellas fue el Concierto op. 75, de 1811, escrito durante una estada en Munich para el fagotista George Friedrich Brandt, y revisado en 1822. Sin poseer mayor relieve, cumple adecuadamente su propósito esencial, que es el de exhibir las facultades del instrumento solista. Emilio Donatucci fue un intérprete a toda prueba, quien supo lucir en los dos movimientos iniciales las notas suaves, redondas y el sosiego melódico de su cantilena, para desplegar en el rondó final el virtuosismo más ágil y deslumbrante. Benzecry y la Filarmónica lo secundaron con todo esmero.

De 1818 data la "Missa sancta N.º 1", de Mi bemol mayor, compuesta para el onomástico del rey de Sajonia. Es una creación recia, cuya seriedad intrínseca sólo en el Benedictus hace lugar a encantos más lisonjeros. La obra se presentó en su concisa versión original, sin el ofertorio "Gloria et honore", añadido virtuosista que se conforma especialmente —según los deseos de Su Majestad— a las aptitudes del "castrato" Filippo Sassaroli.

Rara vez se nota que estamos frente a una obra de circunstancias. Hay en esta misa por lo menos tres partes sobresalientes: el Gloria, con su íntimo solo entre radiantes y perfiladas

intervenciones corales; un originalísimo Sanctus, y el sucinto Agnus Dei.

Actuaron conjuntamente los coros Singkreis (director Arturo Junge) y el de la Universidad Católica (director Waldo Aránguiz). Generalmente bien preparados y con nitida pronunciación del latín, estos grupos tuvieron algunos momentos más débiles, o monótonos, por ejemplo en el Credo, e hicieron desmerecer el interesante Sanctus por su afinación deficiente.

Entre los solistas, la mezzo Myriam Matus y el baritono Fernando Lara aprovecharon con fortuna la escasísimas oportunidades que les brinda la partitura. El tenor Santiago Villablanca confirmó, una vez más, su talento que ya señalamos en otras ocasiones. La marcada preferencia que Weber demuestra, aquí, por la voz aguda femenina, dio las tareas más extensas y de mayor compromiso a la soprano Marisa Lena, quien hizo gala de su timbre luminoso y arte aerisado. Ante las enormes exigencias del Benedictus, más de una vez la emisión parecía precaria. Sin embargo, la técnica de la cantante logró soslayar cualquier peligro. Notable fue la pureza afiatada y expresiva del cuarteto de solistas en el trozo final.

Si el director y la orquesta se desempeñaron con toda probidad en las dos composiciones comentadas, fue en la obertura para la ópera "Euryanthe" (1823) donde mejor pudieron mostrar sus virtudes. Estas —no obstante algún elemento de rudeza o imprecisión— brillaron en los pasajes impetuosos como en los instantes poéticos, y el conjunto filarmónico tuvo bastante flexibilidad para amoldarse a los cambios de "tempo" del maestro, quien captó cabalmente la atmósfera de la conocida página.

Federico Heinlein.

Comunicado. 3-VII-1976. P 39.

AUTORÍA

Heinlein Funcke, Federico, 1912-1999

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Clausura de la Temporada Filarmónica Crítica Musical [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile